

“Crear en la ciencia”

◆ Por Jaime Nubiola
PARA LA GACETA - PAMPLONA

Me impresionó escuchar al presidente del Gobierno español que, a propósito del cambio climático, sostenía rotundamente que había que «crear en la ciencia». Esta expresión suya —que repitió un par de veces en un debate— trajo a mi cabeza dos comentarios; uno más bien festivo y el segundo más académico sobre lo que la ciencia realmente es.

Lo de «crear en la ciencia» me hizo recordar lo que recomendaba a veces un viejo amigo filósofo: «Hay que creerse lo que uno ve». ¡Cuántas veces no creemos siquiera lo que tenemos delante de nuestros ojos! De hecho uno de los adjetivos favoritos de mis

Lo que constituye “la ciencia “no son tanto las conclusiones correctas, sino el método correcto”

alumnos para valorar positivamente algo es repetir varias veces que es «¡Increíble!». Respecto del cambio climático basta con comprobar el gran retroceso de los glaciares alpinos en el último siglo —hay fotos para que los jóvenes puedan confirmarlo— para cerciorarse de que el clima —al menos en este respecto— está cambiando drásticamente.

Mi segundo comentario, más en serio, sobre «crear en la ciencia» es que la ciencia no requiere fe, sino estudio. Muchas decisiones políticas, que en tantos países hemos padecido con motivo de la pandemia del coronavirus, se imponían sin ninguna prueba científica que las respaldase: pedían a los ciudadanos una fe como la del presidente de mi gobierno y no era más que pseudo-



ciencia.

¿Qué es la ciencia? Acudo a mi admirado Charles Sanders Peirce (1839-1914), el filósofo y científico norteamericano a quien he dedicado mis últimos 30 años de vida, para explicarlo. Peirce concibió la investigación científica como una actividad colectiva y cooperativa de todos aquellos “a los que les devora un deseo de

averiguar las cosas”, de todos aquellos cuyas vidas están animadas por “el deseo sincero de averiguar la verdad, sea cual sea”. A lo largo de su vida, pero especialmente en sus últimos años, Peirce insistió en que la imagen comúnmente percibida de la ciencia como algo completo y acabado es totalmente opuesta a lo que la ciencia realmente es.

Lo que constituye la ciencia “no son tanto las conclusiones correctas, sino el método correcto. Pero el método de la ciencia es en sí mismo un resultado científico. No surgió del cerebro de un principiante: fue un logro histórico y una hazaña científica”. El crecimiento científico no es solo la acumulación de datos, de registros, de medidas o experien-

cias. Aunque el científico sea invariablemente un hombre que ha llegado a estar profundamente impresionado por las observaciones completas y minuciosas, sabe que observar nunca es suficiente: su “objetivo último es alcanzar la verdad”. Esto requiere no solo reunir datos, sino también abducción, es decir, la adopción de una hipótesis para expli-

car los hechos sorprendentes, y la deducción de consecuencias probables que se espera que verifiquen la hipótesis.

La ciencia es para Peirce “una entidad histórica viva”, “un cuerpo vivo y creciente de verdad”. Ya en sus primeros años, en su artículo «*Algunas consecuencias de cuatro incapacidades*» (1868), Peirce había identificado a la comunidad de los investigadores como esencial para la racionalidad científica. El florecimiento de la razón científica solo puede tener lugar en el contexto de comunidades de investigación. Para Peirce, “la ciencia no avanza mediante revoluciones, guerras, y cataclismos, sino [que avanza] mediante la cooperación, me-

“La ciencia no avanza mediante revoluciones, guerras, y cataclismos, sino [que avanza] mediante la cooperación”

dante el aprovechamiento por parte de cada investigador de los resultados logrados por sus predecesores, y mediante la articulación en una sola pieza continua de su propio trabajo con el que se ha llevado a cabo previamente” (CP 2.157, c.1902). La ciencia es un modo de vida, un arte transmitido de maestros a aprendices.

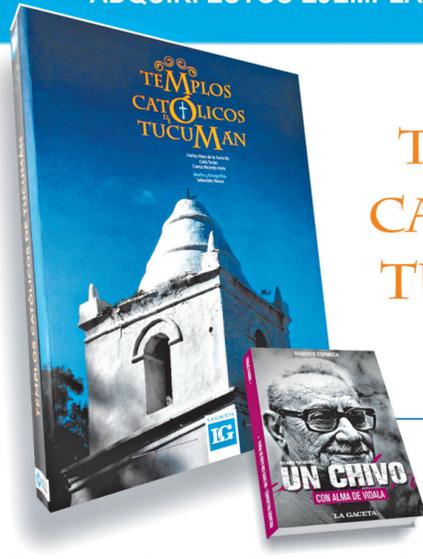
Por esto, la ciencia no hay que crearla, hay que hacerla: requiere estudio, trabajo y confianza en la capacidad de la razón, en especial cuando es proseguida comunitariamente, por describir la verdadera realidad de las cosas.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).

EDICIONES ESPECIALES LA GACETA

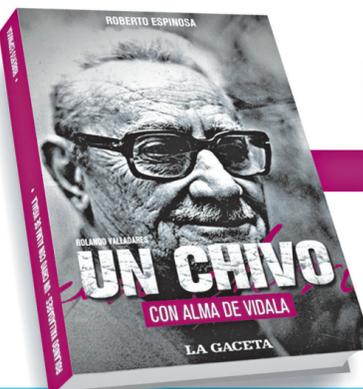
ADQUIRÍ ESTOS EJEMPLARES DE COLECCIÓN



TEMPLOS CATÓLICOS DE TUCUMÁN

Autores:
Carlos Páez de la Torre (h),
Celia Terán, Carlos Ricardo Viola
y Sebastián Rosso

PRECIO \$9.000 | DE REGALO LIBRO CHIVO VALLADARES



ROLANDO VALLADARES UN CHIVO

CON ALMA DE VIDALA

Autor:
Roberto Espinosa

PRECIO \$4.500 | Club 20% LA GACETA OFF

LA GACETA
ESTÁ CON VOS

Podes conseguirlos en
LA GACETA - Mendoza 654
De Lunes a viernes
de 8 a 14 y de 15 a 21 hs.

La enfermedad de los “ismos”

◆ Por Raúl Courel
PARA LA GACETA - BUENOS AIRES

Trascendió que en algunos círculos epidemiológicos se estuvo discutiendo si el uso del sufijo “ismo” designa enfermedades tanto cuando se dice paludismo, botulismo, reumatismo o astigmatismo como cuando se dice liberalismo, populismo, estatismo, gorilismo, machismo, feminismo, peronismo, anti-peronismo, comunismo, anticomunismo, lacanismo, freudismo, trumpismo, marcrismo o kirchnerismo. Algunos especialistas sostenían que en estos casos se trata de enfermedades no sólo dañinas para la salud sino altamente contagiosas, dando lugar a epidemias e, incluso, a pandemias. Otros no acompañaban la idea, esgrimían argumentos de patología y epistemología y agregaban que, aun si se tratara de enfermedades, poco o nada podría hacerse porque es muy difícil que los contagiados acepten que están enfermos. El revuelo generado hizo que la cuestión llegara a la OMS, que organizó un simposio internacional interdisciplinario sobre la espinosa cuestión, llevado a cabo en la ciudad de Drama, en el noreste de Grecia.

Durante tres días de intensos debates, epidemiólogos, médicos, psicólogos, sociólogos, antropólogos y catadráticos de otras disciplinas se dedicaron primero a elaborar un listado de enfermedades con nombres terminados en “ismo” que pueden convertirse en epidemias y eventualmente en pandemias. Tras un comienzo empeñoso y tranquilo, el propósito encalló en la dificultad para agrupar en una misma categoría la diversidad de cuadros. Surgieron desacuerdos ya en el intento de escribirlos poniendo entre ellos sólo comas y no puntos y aparte. De allí no se pasaba, de modo que, para que todo aquello no concluyera de entrada en una frustración, se optó por cambiar el foco de atención.

Buscando un factor común

Siguiendo un criterio minimalista y pragmático, los expertos acordaron empezar por la otra punta: buscando, o inventando, un elemento, un factor, un ingrediente, que pudiera ser común al conjunto de terapéuticas destinadas a curar, o al menos a contrarrestar, la difusión de cualquiera de las distintas entidades nosográficas. Un lingüista, considerando que contribuiría al éxito de los tratamientos posibles o simplemente imaginables, propuso sustituir el sufijo “ismo” en cada expresión de la enfermedad por “istmo”. Argüía que el diccionario define “istmo” como “la franja estrecha de tierra que une, a través del mar, dos áreas mayores de tierra, en general con orillas a ambos lados”, ofreciendo una feliz metáfora de la función que debería cumplir toda terapéutica: suturar las fistulas (metáfora de los trastornos) que

produce cada dolencia o infección. De este modo, por más disparatado que parezca, proponía reemplazar los nombres de las afecciones con términos como “gorilismo”, “peronismo”, “comunismo”, “nazismo”, “chauvinismo”, “lacanismo” and so on.

La tarea de pergeñar una nueva y extensa familia de neologismos estuvo en estudio durante algunas horas, hasta que se produjo una batahola de proporciones cuando alguien empezó a especular sobre los modos de aplicación de una posible vacuna. El foco de la discordia fue si debía o no autorizarse a enfermos de uno de los males a vacunar a los de otros. Unos sostenían enardecidos que ningún enfermo de gorilismo debía ser vacunado por un enfermo de peronismo o de comunismo, otros decían que ningún enfermo de freudismo, debía ser vacunado por un enfermo de lacanismo. Ningún enfermo de machismo, vociferaban algunos, debía ser vacunado por uno de feminismo, mientras otros proponían de maneras no menos inflamadas todo lo contrario. Más pronto que tarde, dando inesperadamente una prueba irrefutable de que la enfermedad de los “ismos” (o de los “istmos”, como se quiera) existe realmente y que merece reconocimiento, el vasto conjunto de participantes del simposio fue atacado virulentamente por ella. Todos contrajeron la infección dando lugar a una colosal batahola.

El clima de trifulca tuvo una tensa y brevísima tregua para el homenaje consensuado, aunque por muchos de mala gana, que se hizo a Lenin por su reconocimiento del carácter patológico del izquierdismo. El ruso consideraba adecuado calificar al izquierdismo de enfermedad llamándolo “enfermedad infantil”, pero en aires tan enrarecidos como los de este simposio, la afección no daba respiro y hasta quienes tenían buena disposición para escuchar argumentos opuestos acababan perdiendo la paciencia.

Debido a que los más encomiables propósitos nosográficos y terapéuticos encallaban en pasiones demasiado encontradas y en contradicciones que parecían insalvables, sólo unos pocos optaron por asistir a la cena de cierre del evento. No es seguro si esto fue por mera gula, porque no tenían otra cosa que hacer o porque todavía abrigaban alguna esperanza en que algún “istmo” fuera transitado de otro modo.

© LA GACETA

Raúl Courel - Psicoanalista tucumano, ex decano de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.